

vez... Y aquella gota no era del agua salada y fosfórica que alzaba el remo, ni del relente de la noche, cálida como de Agosto. Felipe calló... No sabía qué decir; no acertaba á enjugar la lágrima de Rosario.

V

ACOMPAÑADOS

AL otro día —á la hora en que Rosario notaba en el espejo, sobre la seda fina de sus párpados morenos, la huella de aquella lágrima devoradora que Felipe no había intentado enjugar—entró la doncella trayendo el cesto lleno de rosas, entre las cuales acostumbraba el ama elegir la que era más de su agrado, para prenderla, con largo imperdible de perlas, entre los encajes de su traje de mañana; y al bajar el canastillo, del cual se exhalaba delicada esencia, dijo recelosamente:

—Señora... Hay visita.

—¿Visita? ¿Quién? —preguntaba Rosario, con un sobresalto natural. ¡Era tan extraño tener visita en Ercolani! Habían transcurrido tres ó cuatro meses sin ver á nadie absolutamente...

—El señor de Miraya. Acaba de llegar. Está paseándose por las terrazas con el señor.

Rosario calló, pero se vió en el espejo pálida como un reo sentenciado. Tener visita era ya cortar la cadena, dorada y compacta, de las ho-

ras de amor; pero que esa visita fuese Miraya... ¡Miraya representaba lo que había de separarla de Felipe para siempre, con una separación peor que la de la tumbal! Sus labios temblaron, y haciendo un esfuerzo penoso, murmuró, dirigiéndose á la doncella y quitando las horquillas de concha que sujetaban en desorden su abundante mata de pelo:

—Péiname, hija mía, al instante... Tengo que salir á recibir á ese caballero.

Mientras la doncella hincaba el peine en aquella crencha negra, perfumada y elástica, Rosario decía con sequedad violenta:

—Prepararás y arreglarás el cuarto que cae al jardín, aquel donde está el Baco de bronce... Que no falte nada; coloca lo preciso, ¿eh? Adolfo te ayudará; entiende más de cómo se puede alojar á un hombre. Que disponga Adolfo un baño. Te encargo mucho cuidado, y que la ropa de cama sea de la mejor que tenemos. ¡Ah! Y en vez de dos platos, que coloquen tres á la mesa...

Ya recogido el moño, que mordían y sujetaban peñecillos de diamantes, Rosario tendió la mano hacia la puerta del cuarto que servía de ropero.

—El traje de fular azul—exclamó.

La doncella la miró, no sin alguna extrañeza. Estaba acostumbrada á que Rosario, mitad por pereza americana, mitad por ese intimismo que caracteriza al amor dichoso, no se vistiese por las mañanas sino de trajes flojos y batas muy espumosas y chorreadas de encajes, muy en-

galanadas de cintas. El traje de fular azul era un correcto atavío propio para una excursión á Mónaco. Sin embargo, la doncella obedeció, y abrochó con esfuerzo hasta el último corchete del traje y de su alto cuello, rígido, orlado por una austera golita blanca. Ataviada ya, púsose Rosario un sombrero de jardín, y preguntó á la doncella:

—¿Dices que están en las terrazas?

—Sí, señora... Por el bosque de mirtos los ví hace poco.

Derecha, resuelta, la chilena se dirigió al pórtico, y de allí á las terrazas, inundadas de sol.

Su pie ligero hacía crujir la arena, y el aire, moviendo su falda, modelaba su cuerpo airoso y de provocativas formas. Sin embargo, mirando un instante, sin querer, la silueta, sobre un espacio de arena lisa, creyó notar que su talle era menos elegante y juvenil, que había en él no sé qué alteración de líneas, disminución de gentileza... «Decaigó ya» pensó con amargura. «Dentro de poco Felipe sentirá como de hierro el lazo de flores... ¡Ah! ¡Que jamás llegue ese día; que mis ojos no lo vean! El recuerdo de Rosario ha de ser siempre para Felipe luminoso y bello como este verano paradisiaco, en esta quinta que parece un rincón del edén...»

El murmullo de la conversación de los dos hombres guió á Rosario al bosque de rosales y mirtos, y á la sombra del alto templete, sentados en un banco, encontró al periodista y á Felipe, fumando y charlando mano á mano, con

ese abandono que sólo se tiene cuando se habla de lo que interesa. El eco del paso vivo de la joven les llamó la atención, y el diálogo se interrumpió, como suele suceder cuando la conversación no debe oírle el que llega. Fué un movimiento de esos que crean una situación indefiniblemente embarazosa; Rosario, con su instinto fino y altivo, lo percibió instantáneamente y se mordió un poco el labio inferior; á pesar de lo prevenida que iba, se nubló su cara y sus pupilas desmayaron. Duró un instante: en seguida se rehizo sin aparente violencia, y tendió, ancha y abierta, amistosa, la manita de marfil á Miraya, que la saludaba algo cohibido. En el mismo banco se sentó Rosario entre los dos, y dijo afablemente, como entrando en materia:

—Cuando quiera usted quitarse el polvo... (Miraya tenía, en efecto, una blanquecina capa de él sobre traje y sombrero, y es de suponer que también sobre la cara) tiene usted dispuesto, en su habitación, el baño ..

Felipe miró á Rosario con sorpresa, y la chilena añadió:

—Supongo que el señor Miraya viene á pasar una temporada, ó por lo menos unos días...

—Estoy en un hotel de Mónaco—respondió Miraya evasivamente, como el que aguarda á que insistan.

—Pues arregle usted su cuenta y quédese aquí—reiteró la chilena.—Es preciso, porque tenemos mucho que hablar; no crea usted que es sólo con Felipe con quien va usted á tratar de... *nuestros* negocios.

Una ojeada atónita de Felipe prestó animos á Rosario que prosiguió, hablando despacio y como quien sabe el efecto de las palabras, y acariciando la resa que había tomado del canastillo:

—No valen los misterios, Miraya, y aunque usted crea que las mujeres no servimos para... opinar en cuestiones políticas, ¡bah!, algunas veces, cuando son negocios que nos interesan mucho, que nos llegan al alma, no debe despreciarse nuestro consejo... Usted me tiene por una criatura sencilla... ó inútil... Ya verá si lo soy ó no lo soy. Póngame á prueba. Y para que se convenza de que no me falta penetración, empiezo por decirle que ha hecho usted perfectamente en venir. Felipe se distraía: se olvidaba de que tiene en Dacia asuntos... Me alegro de que usted le despierte.

Miraya atendía, frunciendo el entrecejo con desconfianza. ¿Sería cierto? ¿Iba á encontrar una aliada en la misma mujer en quien veía el obstáculo y la rémora para el porvenir de la causa felipista? Parecíale demasiado bonito. ¿Sería un lazo, una artimaña, un medio hábil de desorientar y quedarse dueña del campo inspiRANDO descuido? Pero los ojos magníficos y luminosos de Rosario, su tersa frente morena y pulida como el ágata, su boca entreabierta, respiraban sinceridad y buena fe, y hasta un extraño entusiasmo, una especie de transporte. «O es una gran cómica ó realmente le importa la causa de Felipe», pensó Miraya, que, en voz alta, dijo con efusión:

—Ninguna aprobación, en este caso, puede agradarme y tranquilizar mi conciencia, indicándome que procedo bien, más que la de la señorita Rosario...

La palabra «señorita» cayó como un copo de nieve en medio de una atmósfera serena y templada... Rosario se sobresaltó, sin querer; Felipe tuvo una contracción de los músculos del rostro. Miraya, impávido, se volvió hacia Felipe y prosiguió:

—¿Lo vé vuestra Alteza? Cuando yo le decía que mi consejo era el de todas las personas que le aman...

Sin dar tiempo á que Felipe se rehiciese, Rosario intervino, y declaró con convicción y seriedad:

—El que ame á Felipe María de *Leonato* no puede aconsejarle, no puede querer otra cosa sino que no arroje por la ventana, en un acceso de locura ó por entregarse á una disculpable apatía, su porvenir y la gloria de Dacia, que son una misma cosa. Jamás hemos hablado de este problema el príncipe y yo; pero tampoco la ocasión se había presentado; hoy que se presenta, celebro, Miraya, celebro mucho que usted sea testigo de mi modo de pensar, de lo que siempre repetiré al príncipe...

—Rosario...—murmuró Felipe, cogiendo la mano de la chilena, que apretó la suya con energía.

—Felipe...—respondió ella, acostumbrada á esa dulce correspondencia del nombre de pila, que es una de las muletillas del amor.—No te

había dicho nada... pero no creas, lo pensaba; sí, lo pensaba mil veces. Mientras pasamos aquí horas tan... tan tranquilas... ¿qué sucederá por Dacia? Hoy, que ya estás bueno, fuerte, repuesto por completo... hoy, es preciso que mires hacia Oriente... hacia tu patria, hacia tu herencia.

—No hablemos de eso ahora, te lo suplico—declaró Felipe.—La mañana está hermosísima. Demos un paseo hacia el bosque, para abrir el apetito. Almorcemos alegremente después: Miraya trae un cargamento de anécdotas de París... y va á contárnoslas y á divertirnos mucho con ellas. Tiempo hay de hablar de cosas aburridas y serias, ya que la dueña de esta casa—y Felipe recalcó la expresión,—ya que la dueña de esta casa tiene gusto en hospedarle á usted.

Miraya asintió, y poco á poco fueron ascendiendo por los senderos enarenados de los jardines hasta la villa, donde se provistaron de quitasoles. La corta subida al bosque era un ejercicio que aumentaba el buen sabor del almuerzo. Entre el silencio armonioso de los pinos y bajo la sombra embalsamada y transparente de los vetustos cedros, Miraya parecía una cotorra, un ave exótica, charlotteando con buen humor y facundia inagotable. Rosario, ya serena y en apariencia alegre, le prestaba atención, y hasta aprobaba, y sonreía, y celebraba las oportunidades maliciosas; pero Felipe, sin esfuerzo alguno, se divertía y solazaba realmente, con la expansión del que privado hace tiempo de toda

relación y contacto con la sociedad, de pronto vuelve a entrever su panorama de mil colores, y absorbe afanoso la bocanada de aire exterior. El comprobar esta disposición de ánimo de Felipe, acrecentó el oculto sufrimiento de Rosario. «No le bastaría estar siempre aquí, conmigo», pensó agobiada de pena. ¡A ella le bastaba! «Los hombres son otra cosa», añadió para sí, acudiendo á esa distinción del modo de sentir en cada sexo, que es á la vez el triste consuelo y la desesperación incurable de las almas femeniles apasionadas y tiernas. «Los hombres necesitan el movimiento; la actividad es su vida... ¡Pobre Felipe!» Así Rosario le compadecía por que la estaba matando.

Entretanto seguía la charla de Miraya. Hablaba de la *Actualité*, de las aventuras y desventuras de Dauff, preso en las redes de cierta damita joven de los Bufos, la cual había conseguido del cronista una campaña de reclamos que desesperaba al director y hacía que se burlasen de él todos los redactores. Contó asimismo una cómica desdicha de Lapame'le: atraído una tarde á los bulevares exteriores por el aviso de que se vendía una interesantísima colección de estampas viejas, cayó en el garlito de unos ladronzuelos que le desvalijaron, le apalearon muy á su sabor, y por poco le asesinan. Salió también á relucir la última vuelta de la veleta de Loriesse, que ya no se entusiasmaba por el pintor español de asuntos decorativos y galantes, sino que andaba loco por un *puntillista*, cuyos retratos, como algunos de la vieja escuela holandesa, vis-

tos con una lente descubrían el grano, las arrugas y la complicada red del tejido epidérmico, gracias á una labor maniática y obstinada, realizada con pincelillos finos como puntas de aguja. «¡Ah, ese París!»—exclamaba Miraya comentando el caso.—«¡Ese París! Todo el que tiene una idea, todo el que tiene una concepción cualquiera, buena ó mala, extravagante ó sencilla; arcaica ó modernista, á París la trae, y al calor de París la incuba y la saca á luz, ¡y con esa luz se alumbra luego el mundo!» Estaba elocuente hablando de París, poniéndolo en las nubes, con entusiasmo sensual é intelectual, de hombre que en la fuerza de la edad pasa desde el ambiente letal y mustio de una ciudad dormilona, al ambiente saturado de efluvios de la capital cosmopolita. Olvidándose de lo tratado al principio de la entrevista, iba Miraya á pronunciar un ditirambo en favor de París, por lo que había contribuido á dar á conocer la causa felipista en Europa; pero una ojeada ligeramente autoritaria de Felipe María le detuvo á tiempo. Sin embargo á los pocos momentos, cometió otra imprudencia: recordó á Viodal, la venta y dispersión de los *Cuatro elementos*, y el voluntario confinamiento del pintor en las Baleares. Esta parte de la conversación tuvo la virtud de hacer que Rosario bajase los ojos, y un abatimiento profundo se reflejase en su cara. Era aquel recuerdo, apareciendo en tal instante, un puñal agudo que traspasaba el corazón de la chilena. Sus propios sufrimientos le daban á conocer los que había causado. Cuando Miraya,

pasando rápidamente á otro asunto, trazó una caricatura de Yalomitsa, de sus botas rotas, su gabán grasiento, su miseria, desde la marcha de Felipe, Rosario exclamó:

—¡Pobre! Hay que escribirle que se venga.

VI

EL PACTO

DOS días llevaba Miraya en la Ercolani, y todavía se guardaba la consigna de no hablar de política, cuando de mañana, al salir para fumar un cigarro en el pórtico, antes de resolverse á escribir su fondo para el periódico órgano de Stereadi, vió delante de sí á Rosario, que se cogió de su brazo con inusitada familiaridad.

—Vamos hasta la segunda terraza, á sentarnos á la sombra—le dijo con tono entre mandato y súplica.

—Vamos, señora—respondió Miraya inclinándose con una galantería que disimulaba mal la sorpresa y cierto recelo.

Era en la segunda terraza, donde mirtos y rosales en flor rodeaban una estatua de Venus, mutilada, pero de belleza sorprendente. Sentaronse bajo el templete, á cuya sombra transparente y dorada recordaba Rosario haber pasado horas plácidas que acaso no volverían nunca...

—¿Y... el príncipe?—preguntó Miraya al ocu-

par, por indicación de la chilena, sitio en el banco de jaspe rojo.

—Su Alteza duerme todavía—respondió ella acentuando con firmeza el tratamiento.—Yo he sido más madrugadora, porque tenía que hablar con usted.

Miraya, á pesar de su verbosidad, calló y esperó. Parecía que en aquella luminosa mañana, entre aquellos bosquetes salpicados de flor, se jugaban verdaderamente los destinos de la causa felipista. ¿Qué iba á decir la mujer amada? ¿Qué decreto pronunciaría su boca? ¿Qué pensar? ¿Había sido sincera dos días antes?

Al cabo de una pausa, repitió Rosario:

—Tenía que hablar con usted, porque es necesario que nos entendamos bien, que no incurramos en una equivocación funesta. Usted no está convencido de que yo quiero que Felipe... reine... ó haga lo posible... por llegar á reinar. ¿No es eso?

—Señora...—exclamó Miraya apelando á la franqueza.—Es exacto... A pesar de sus hermosas palabras del otro día... no sería extraño que... Yo comprendo las leyes del corazón...

—¡Qué ha de comprender usted!—protestó con un matiz de mal disimulado desprecio Rosario.—¡Qué ha de comprender! Si *comprendiese*.. Si *comprendiese*, vería en mí la mejor aliada, la más segura.

Sintióse Miraya deslumbrado por un rayo de sol que entró en su espíritu, á la vez que en el lindo templete, acariciando las ramas de las enredaderas que trepaban por las columnas de

alabastro amarillento. ¿Sería verdad? ¿Aquella mujer, tan interesada en alejar á Felipe del trono, le aproximaría á él? ¿Y por qué no? ¿Acaso no existe la abnegación, no existe el amor al sacrificio en el corazón de las mujeres que aman? ¿Y no podría ser también — aquí la grosería moral de la naturaleza de Miraya volvía á sobreponerse—no podría ser también que aquel propósito ocultase la ambición más vulgar y hasta la codicia más vil? ¿No podía soñar Rosario, retiro por retiro, el papel de favorita cesante, con una dotación magnífica y esos honores bastardos y equívocos, que, sin embargo, halagan la mezquina vanidad, — la vanidad humilde que se contenta con lo que la ofrecen?— En el pensamiento de Miraya revolviéronse mezcladas la admiración entusiasta y la sospecha afrentosa. «Tal vez es una heroína del amor... y tal vez una calculadora muy hábil. Bien conoce ella que no iba á ser eterno el idilio... entre otras razones, porque Felipe, al paso que lleva desde que está con esta mocita, no tiene dinero ni para tres años... de lo cual me alegro, y con lo cual he contado al instalar la Ercolani... De fijo sospecha... y toma sus precauciones... ¡Ah... no me la pegan á mí tan fácilmente las gatitas!... En fin, sea por un motivo, sea por otro, lo que nos conviene es que adopte esta actitud... y que trabaje en pro de la causa...»

En voz alta, con tono vehemente y alarde de brusco respeto, dijo el periodista:

—Si usted nos ayuda, señora, nuestro es el

triufo... Hoy por hoy, lo único que podría perdernos sería su oposición de usted. Si usted no quisiese, no entraría aquí ni un soplo de aire que oliese á felipismo. ¿Por qué estoy yo en la Ercolani? Porque usted se digna tolerarlo. Pero hace usted bien. Yo la he presentado á usted; yo he comprendido perfectamente que los amigos de Felipe María de Dacia, en usted tenían que poner su esperanza, como la ponen los marinos en la Santísima Virgen. Y esto se lo voy á probar á usted con dos palabras... Verá usted... ¿Se acuerda de un anónimo que recibió por el correo interior... pocos días antes de... del desafío de su Alteza?...

Vivo carmín tiñó un instante las pálidas mejillas de Rosario, y sus desmesurados ojos se clavaron con magnética fuerza en los de Miraya.

—¿Era de usted?—balbuceó.

—Mío. Haga usted memoria... Decía en substancia, no sé si con estas mismas palabras ó con otras muy parecidas: «Si quiere usted de veras á Felipe María Leonato, no se case usted con él, y si no le quiere y es una ambiciosa, tampoco, pues casado con usted, jamás reinará.»

—¿Era de usted!—repetió abismada la chilena.

—¿De quién había de ser?—exclamó con vehemencia Miraya.—¿A quién, sino á mí, le importaba en París el destino del príncipe heredero? Señora, usted cuya alma voy viendo que es tan varonil y grande; usted, cuyo padre sucumbió luchando por su patria, debe comprender muy bien lo que la patria significa... Dacia está á pique de convertirse en provincia de otra

nación... señora, entiéndalo usted: ¡vamos á ser esclavos! Nuestro redentor, el hombre que puede levantar á la nación y despertar su conciencia, es Felipe María... El rey que representa su libertad y su vida, sólo lo puede recibir Dacia de esas manos. Míreme usted —continó el periodista con un arranque oratorio que tenía algo de teatral y enfático, pero mucho de sublime. — ¿No ve usted cómo me domina esta emoción? ¡Casi lloro! ¡Se trata de la patria!

Los negros ojos de Rosario chispearon. Por fácil que fuese Miraya en admitir malignas suspicacias, su entendimiento, siempre muy superior á su sensibilidad, le guiaba en aquella ocasión, y reconocía que Rosario, á su apóstrofe, se conmovía de veras.

—Precisamente—dijo al fin la chilena, en voz quebrantada — precisamente por eso, Sr. Miraya, he querido que hablemos, que nos unamos para la obra en que tengo más interés que usted mismo... más que nadie. No se trata de la patria: se trata de Felipe Y yo me ofrezco á hacer que prescinda de los escrúpulos que todavía no ha podido desechar, y se presente sin rebozo como aspirante al puesto que de derecho le corresponde.

—¡Ah! — exclamó Miraya. — ¡Eso, eso ante todo! Un acto ostensible del príncipe, señora, y en una semana centuplica sus fuerzas y sus esperanzas el partido felipista. ¿No ve usted que el arma que esgrimen los enemigos, el gran recurso de que se valen, es propalar que el príncipe se niega rotundamente á secundar los es-

fuerzos de sus fieles partidarios? Este rumor ha desalentado á casi todos... y puesto que usted se presenta animada de tan generosas intenciones, no vacilaré un punto en decirla toda la verdad. En Dacia se cree que... afectos profundos... é imposibles de desarraigar... se oponen á que Felipe María pesente su candidatura. Sí, señora; suponen que el príncipe, entre su corazón y sus derechos, opta por su corazón. Se cuenta que está fascinado, embelesado, como Ulises en la isla de Calipso... y que el resto del mundo ha desaparecido para él. Las contingencias de su candidatura al trono... parecen incompatibles con el hermoso sueño que el príncipe sueña... Esto abate á nuestros amigos. Muchos, desmoralizados ya por el retraimiento de Felipe, se han pasado al partido del duque Aurelio y son sus más celosos agentes... ¿Qué quiere usted? El hombre es débil y medroso... Temen, el día de mañana, tener que sufrir represalias del duque... En fin... ¿quiere usted oír toda, toda la verdad? Pues el mismo Stereadi,— el egregio Stereadi, el que me ha comisionado á mí para entenderme con el príncipe, el que es allá la cabeza, el que arrastra á los apocados *antiguos*, y representa la fusión del orden con la libertad... — Stereadi, señora... ya empieza ¿lo creará usted? á titubear... Le veo... y no le veo... El día menos pensado, tenemos cuarto de conversión... Una mañana recibo carta suya con instrucciones reservadísimas, y me ve usted desaparecer. ¡Adios, felipismo...!

—¡Pero eso sería una infamia!— protestó con

anhelo Rosario.—¡Abandonar á Felipe! No, eso no lo harán ustedes...

—¡La política no tiene entrañas, señora! El príncipe es quien nos abandona á nosotros... ¡No podemos, como usted comprende, jugar en balde nuestra seguridad y nuestra vida! Por algo, por una probabilidad, sí la jugaríamos, y de buen grado; estamos resueltos... Pero ¿no sería necedad insigne jugarla por quien rechaza hasta el holocausto? Héroe, mártires... ¡bueno! Necios ¡nunca, señora!

—¡Miraya, eso no será! Ustedes no deben dejar á Felipe... Yo que le conozco, juro que en su ánimo... allá en el fondo de su corazón... está decidido á ir con usted... hasta donde haga falta. No: escriba usted á Stereadi, y asegúrele que Felipe hará muy pronto un acto público, una demostración de esas que no dejan lugar á duda, rotunda, terminante...

Miraya guardó estudiado silencio. Veía á Rosario comprometerse, y la abnegación de la chilena le saltaba á los ojos. Era uno de esos heroísmos secretos y pasivos de mujer enamorada, feliz al tenderse para servir de escabel al amado. En pocos momentos comprendió Miraya el dominio que las circunstancias le prestaban sobre el alma de Rosario, y hasta qué punto podía explotar ese dominio. Decidióse á dar un paso peligroso.

—Si resiste bien esta prueba, seguros podemos estar de la aliada—pensó, calculando á qué profundidad iba á introducir el cuchillo. Y en voz alta, como hablando consigo mismo, murmuró:

—La gente de allá ha dado en desconfiar, y se necesitaría un golpe muy resonante para inflamar los ánimos otra vez... Lo único que les convencería...

Titubeó.

—Lo único... sí, lo único que considerarían positivo y directo... más que un manifiesto, más que un mensaje, (lo cual, por otra parte, en vida del rey sería impolítico en alto grado...)

Volvió á detenerse Miraya, y suspendiendo la oración, su mirada vagó por el suelo y se remontó hasta las rosas que enramaban el templete y hasta la estatua mutilada, la Venus antigua, tan serena en su hermosura...

— ¡No me atrevo! —añadió por fin.

—¿Quiere usted que yo tenga el valor que le falta á usted? —pronunció lentamente Rosario en tono incisivo y dolorosamente fúnebre.

Clavó el periodista en la chilena tan atónitos ojos, que si ella no estuviese en unos de esos momentos de la vida en que la noción de lo cómico desaparece, sería capaz de soltar la risa. Contentose con sonreír amargamente.

—Lo único—prosiguió—que puede convencer á los felipistas y exaltar su entusiasmo... sería... el... el enlace... con la princesa de Albania... ¿Verdad que sí?... —interpeló con sobrehumana fuerza.

—No se equivoca usted! —declaró Miraya, que veía abrirse el cielo. — Pero... ¿sería usted tan noble... tan generosa... tan...

—Basta—repitió Rosario con anhelo.—No necesitamos palabras, sino obras. Soy su aliada

de usted, y si usted lo olvida ó lo duda... peor, peor para usted y para la causa de Felipe!
¿Cómo hacemos para que Felipe declare que accede á... esa boda?

—Lo mejor —indicó Miraya tartamudeando de júbilo— sería.. que... dentro unos días, cuando la familia de Albania venga á pasar una semana en Mónaco... el príncipe... los... los... visitase... y...

No supo decir más.

Rosario asintió con la cabeza, porque las palabras no acudían; la garganta estaba seca, la saliva se había suprimido, la laringe no formaba la voz... Pero la voluntad, vencedora, movió los músculos del brazo, y Rosario tendió la mano y estrechó la del periodista, sacudiéndola á la inglesa, con lealtad viril. Miraya tuvo un arranque: se arrodilló, besó la mano, y después volvió el rostro, para no ver que Rosario temblaba con todos sus miembros, como un ave azorada, y que abría la boca para recoger aire, lo mismo que si le faltase la respiración.